



Amber Lake



*Buscando a la
Esposa Perfecta*

Kiwi
romántica

SAGA COVENANT



A la venta el 26 de noviembre

Encuétralo en edicioneskiwi.com/tienda

Disponible en ebook

VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA



A LA VENTA EL 26 DE NOVIEMBRE
PREORDER DEL 1 AL 15



*Amber Lake
buscando a la
Esposa Perfecta*

A la venta el 26 de noviembre
Preorder del 1 al 15

Disponible en ebook



VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA SAGA COMPLETA

EDICIÓN COLECCIONISTA

Contiene:

- Saga Los Guardianes de la Espada, firmados por la autora
- Fismache de coleccionista de canón (exclusivo de la edición)
- Poster de 29,7x42cm (exclusivo de la edición)
- 6 chapas de la saga (2 exclusivos de la edición)
- 15 Marcapáginas

*buscando a la
Esposa Perfecta*

Primeros capítulos

Amber Lake

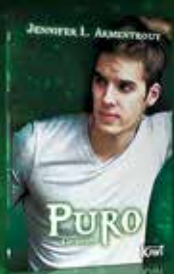
ediciones
Kiwi
r♥mántica

EDICIONES KIWI, 2012
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.
Primera edición: Noviembre 2012
ISBN: 978-84-940507-3-2

© 2012 Josefa Fuensanta Vidal
© de la fotografía de cubierta: Istockphoto
© de la cubierta: Borja Puig
© Ediciones Kiwi S.L.

*Para María José, uno de los pilares de mi felicidad, con
la esperanza de que se convierta en adicta a las novelas
románticas.*

SAGA COVENANT



A la venta el 26 de noviembre

Encuétralo en edicioneskiwi.com/tienda

Disponible en ebook

VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA



A LA VENTA EL 26 DE NOVIEMBRE
PREORDER DEL 1 AL 15



Amber Lake
Buscando a la Esposa Perfecta

A la venta el 26 de noviembre
Preorder del 1 al 15

Disponible en ebook



VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA

SAGA COMPLETA
EDICIÓN COLECCIONISTA

Contiene:

- Saga Los Guardianes de la Espada, firmados por la autora
- Estuche de coleccionista de cartón (exclusivo de la edición)
- Poster de 29,7x42cm (exclusivo de la edición)
- 6 chapas de la saga (2 exclusivos de la edición)
- 15 Marcapáginas

Capítulo 1

Bath, condado de Somerset, marzo de 1831

«...La esposa perfecta siempre tiene presente que la felicidad del marido es la mayor de sus preocupaciones aunque para ello deba renunciar a la suya propia. Ese logro es suficiente para procurarle una intensa dicha.

Nunca pide al esposo explicaciones acerca de sus palabras o acciones, ni se queja si llega tarde al hogar. Tiene presente que él es el amo de la casa y de su persona.

Siempre deja hablar primero al marido y le escucha con atención, pues cualquier tema de conversación que él plantee es más importante que los que ella pudiese concebir. Y, cuando él le permite hablar, lo hace en tono humilde y escueto, sin extenderse en banalidades propias de mujeres que acaban aburriendo o exasperando al esposo.

No le abruma con problemas domésticos o sobre sus intereses y aficiones, que son insignificante comparados con los de los hombres...»

Charlotte cerró el libro y emitió un poco elegante bufido de exasperación. Cuanto más leía, más absurdo le parecía su contenido. ¿Cómo era posible que tía Margaret defendiera tamaños desatinos?

buscando a la Esposa Perfecta

Le había dejado el manual indicándole que lo leyera detenidamente y asimilara sus enseñanzas por tratarse de las principales normas de conducta que deberían regir su futura vida de casada. Pero ella no creía que pudiese llevarlas a cabo; incluso dudaba seriamente de que algunas fuesen realmente acertadas. Su padre la había educado para que pensara y actuara con libertad, siempre que esta no ocasionase perjuicio a sus semejantes, a hacer de los conocimientos una fuente de satisfacción, a sentirse orgullosa de su inteligencia, de sus ganas de aprender y razonar, y no estaba dispuesta a sacrificar todo eso por conseguir un marido. Prefería quedarse soltera a convertirse en una marioneta descerebrada en manos de un hombre que se erigiría en árbitro de lo que debía hacer o decir. Era una idea tan humillante que se consideraba incapaz de aceptarla.

Apreciaba mucho a su tía y agradecía sus esfuerzos por casarla, pero no estaba de acuerdo en que esa actitud fuese la adecuada para una esposa intachable, como ella aseguraba, y garantizase la estabilidad del matrimonio.

Desde que llegara a Bath dos semanas antes, su tía no había dejado de intentar pulir su díscolo carácter y rústicas maneras; algo que siempre le

Amber Lake

recordaba, así como el adiestrarla en las prácticas sociales necesarias para que pudiera desenvolverse con cierto éxito en la temporada social que acababa de empezar. Todo ello encaminado a conseguir una propuesta de matrimonio, la principal razón de que estuviese allí. Charlotte imaginaba que, el convertirla en una correcta dama, le estaba costando a su tía más esfuerzo del que en un principio calculó, aunque sabía que su orgullo le impediría admitirlo y, por supuesto, abandonar la tarea.

Con un suspiro entre divertido y resignado, cerró los ojos y se entregó a un ligero sueño propiciado por la placidez que el delicioso almuerzo le había ocasionado. Esa era otra de las pautas que se negaba a secundar: la frugalidad en la alimentación que el manual indicaba y que su tía defendía a ultranza, lo que la obligaba a introducirse con frecuencia en la cocina y procurarse un extra de alimentos que la ayudaran a sobrellevar aquella especie de penitencia. Margaret insistía en que una dama refinada debía ser muy parca en las comidas y eso la torturaba. Ciertamente que la glotonería era incluso pecado, pero apenas probar bocado resultaba excesivo; por lo que había decidido, con la complicidad de la cocinera, proveerse ella misma de lo necesario para no morir de hambre mientras

buscando a la Esposa Perfecta

estuviese en aquella casa.

Tampoco estaba de acuerdo en levantarse casi al alba para dar un paseo a caballo por el parque. Según su tía, se trataba de una costumbre elegante a la par que provechosa teniendo en cuenta que a esa hora muchos caballeros solteros se dedicaban a tan saludable pasatiempo. Y, aunque ninguno le había dirigido la palabra probablemente por el hecho de pasar velozmente a su lado, Margaret no se desanimaba e insistía en ello cada día. En fin, una insensatez tras otra que le estaba costando mucho esfuerzo sobrellevar.

—¿Pero es que te has vuelto completamente loca, criatura?

El casi alarido a su espalda sobresaltó a Charlotte, que se levantó apresuradamente del suelo y miró a su tía con gesto de total incomprensión.

—¿Cómo se te ocurre tumbarte en el césped y exponer tu rostro al sol? ¡Casi había conseguido que tu piel resultase aceptable! —se lamentó con marcado enfado—. Ahora tendrás que aplicarte otra vez la pasta aclaradora o esta noche parecerás una buhonera con el rostro ennegrecido por el hollín.

Charlotte se horrorizó al ser consciente de lo que le esperaba: más de una hora inmóvil y con

Amber Lake

una horrible papilla en el rostro compuesta por una mezcla de miel, jugo de limón y avena triturada. Esa operación se había sucedido diariamente, mañana y tarde, sin que ella viera los resultados esperados por ninguna parte.

—Solo han sido unos minutos, tía Margaret. Además, no pienso someterme de nuevo a ese tormento. Si a los posibles pretendientes no les gusta mi aspecto es que no son los adecuados para considerarlos siquiera —protestó con desabrida voz. Ella estaba acostumbrada a la vida en el campo con el saludable sol acariciando su rostro y dando color a sus mejillas. No comprendía ese empeño en aclarárselo hasta ofrecer una palidez propia de personas enfermas, por muy de moda que estuviese.

—No digas estupideces, niña. Ese color solo delata tu procedencia rural; y no es para estar muy orgullosa que digamos. Una verdadera dama procura que su rostro no sea tocado por el sol o corre el riesgo de que piensen que pasa el día en la calle en vez de estar en su hogar esperando la llegada de su marido o atendiendo a sus invitados, como toda buena esposa debe hacer —sentenció con énfasis.

—Pero yo no estoy casada, por si no lo recuerdas —replicó con cierto resentimiento. Ya estaba otra vez con aquellas sandeces. Ella sí se sentía

buscando a la Esposa Perfecta

orgullosa de su procedencia y añoraba su hogar en la campiña.

—Lo recuerdo perfectamente, Charlotte; precisamente mi obligación es conseguir que llegues a estarlo. Además, esa norma se aplica también a las futuras esposas —le recordó no sin malicia.

Charlotte resopló sonoramente, molesta por las palabras de su tía.

—Deja las protestas y sígueme a tu cuarto. Intentaré remediar el estropicio que has causado. Y no emitas esos sonidos tan poco elegantes, por favor; pareces una yegua relinchando —la reprendió irritada mientras se encaminaba al interior de la casa con rígidos y presurosos pasos.

Aunque de mala gana, Charlotte no tuvo más opción que acatar la tajante orden. Le había prometido a su padre que obedecería a su tía y asimilaría sus enseñanzas, y estaba dispuesta a sobrellevar pacientemente todos los sacrificios que esa promesa requiriera.

Cuando llegaron a la habitación, Margaret comenzó a dar órdenes a las doncellas y Charlotte, resignada, se preparó para soportar largas horas de suplicio con el fin de ofrecer el aspecto que toda dama elegante debía presentar, según las reglas de tía Margaret.

Amber Lake

—Me temo que, si no pones algo más de tu parte por mejorar la apariencia y modales, nunca conseguirás que un caballero aceptable te haga una propuesta de matrimonio. Sentiré profundamente decepcionar a tu padre, que me ha encomendado la tarea de casarte, pero cada día que pasa me parece un logro más inalcanzable. Claro que la culpa no es enteramente tuya. Fue él, y en contra de mi opinión, quien insistió en hacerse cargo de tu educación a la muerte de mi querida hermana. Nunca debí permitir que te criaras en aquella aldea perdida y obrando a tu antojo —se lamentó mientras extendía la pegajosa masa sobre el rostro de la joven.

Charlotte se mordió la lengua para evitar darle a su tía la justa réplica. ¿Cómo se atrevía a criticar a su padre, que había cargado con la responsabilidad de cuidar y educar a una niña de diez años cuando su esposa falleció? Margaret, que deseaba hacerse cargo de ella, siempre le reprochó esa decisión y no dejaba pasar la ocasión de criticarle por no saber educar a su hija como era debido. Charlotte, en cambio, agradecía a su padre el mantenerse firme ante las peticiones de su cuñada y haberle permitido continuar en Parham, la pequeña aldea donde vivía y en la que había sido feliz durante sus veintidós años de existencia sin preocuparse de su

buscando a la Esposa Perfecta

futuro.

Pero unos meses atrás, Margaret logró convencerlo de la necesidad de encontrarle un marido, para que cuando él faltase, Charlotte no se viese obligada a depender de George, su hermano mayor y heredero de la casa en la que vivían y de las pocas hectáreas de tierras con las que subsistían.

Charlotte no quería ser una carga para su familia. Su hermano tenía una esposa y dos niños a los que mantener. Tampoco a su cuñada le agradaba esa solución, por lo que secundó con entusiasmo la idea de Margaret, persuadiendo a su suegro de que pusiese a Charlotte en manos de su casamentera cuñada. Así que, aunque ella no estaba totalmente de acuerdo con la idea de casarse, acató los deseos de su padre y viajó hasta Bath. Solo puso una condición: si en tres meses no conseguía marido, volvería a su añorado hogar.

Charlotte era plenamente consciente de que tenía pocas posibilidades de casarse y menos en tan poco tiempo. El ser hija de un baronet sin fortuna, sin olvidar el hecho de que ya había cumplido los veintidós años y no destacar por su belleza, algo que Margaret siempre se encargaba de recordarle, hacían que las posibilidades de casarse como su familia deseaba y esperaba fueran muy escasas. Los

Amber Lake

remilgados aristócratas raras veces se unían a alguien que no fuese de su igual, o que aportase una buena dote, en caso de verse precisados de fondos. Otro tanto se podía decir de la pequeña nobleza y los hacendados rurales. Estos no solo esperaban que su futura esposa viniese acompañada de una abultada bolsa, también exigían que les proporcionase importantes contactos sociales con la clase dominante.

Ella no poseía ni lo uno ni lo otro, pudiendo aportar al matrimonio únicamente amplios conocimientos en la flora silvestre de la comarca y en el estudio de los textos medievales; bagaje poco adecuado para encontrar marido, afirmaba su tía, así como su tendencia a discutir, su poca disposición a obedecer y sus ideas revolucionarias, principalmente la de que una mujer podía llegar a valerse por sí misma si le daban la oportunidad de hacerlo. Margaret insistía en que todo ello era la causa de que continuase soltera a su edad, por lo que debía esforzarse si no quería dejar pasar otro año sin encontrar un esposo, algo que toda mujer deseaba y esperaba.

Cada día que pasaba en la ciudad valoraba más su reducido mundo rural, donde llevaba una vida sencilla y agradable ayudando a su padre en sus

buscando a la Esposa Perfecta

estudios de botánica y volcada en el club literario que había creado, constituido por damas de su entorno aficionadas a la lectura. Incluso tenían la suerte de contar con la experimentada participación del profesor Davis, retirado recientemente de la docencia y gran autoridad en historia y literatura medieval. Allí no se sentía la torpe pueblerina que su tía se encargaba de destacar con frecuencia.

Tras esas dos semanas en casa de sus tíos, comenzaba a arrepentirse de haber accedido a ello. La tarea de prepararse para el matrimonio le parecía cada vez más ardua y, ciertamente, poco satisfactoria si ello suponía renunciar a sus gustos y aficiones; también por la enorme cantidad de conocimientos inútiles que debía adquirir y que parecían ser totalmente indispensables para ejercer la tarea de esposa a la perfección.

Había tenido que aprender a servir el té correctamente, a vestirse adecuadamente según la hora del día y el compromiso social al que acudiese, a mantener la sonrisa en el rostro sin sufrir fuertes dolores de mandíbula, a adiestrarse en toda una serie de bordados y complicados puntos de costura que le hicieran lucirse ante sus contertulias, a recitar tediosos versos sin parecer una gansa atragantada, a memorizar toda una serie de normas de pro-

Amber Lake

toloco y frases refinadas con las que obsequiar a sus invitados... Por suerte, tenía la suficiente práctica en economía doméstica como para superar esas lecciones sin dificultad, pero se sentía abrumada por la cantidad de cosas que ignoraba y que Margaret destacaba como «importantísimas para convertirse en una verdadera dama»; algo que ella distaba bastante de ser y por ello su tía no se había atrevido a llevarla aún a ningún evento de envergadura.

En todo ese tiempo, su escasa vida social se había limitado a pasear por la bella ciudad y acudir a algunas visitas. Esa noche era la primera que asistiría a una celebración importante y no podía evitar estar nerviosa. Se trataba de un baile en la residencia de los condes de Newbury, importantes miembros de la alta sociedad local, y uno de los más numerosos y selectos de cuantos se celebraban al comienzo de la temporada.

Su tío Alfred, el marido de Margaret, era un buen amigo del conde y por ello lo invitaba a todas sus fiestas. De hecho, había coincidido con la condesa en una visita al museo y le pareció sumamente agradable. Incluso la había invitado, junto con su tía, a tomar el té en su magnífica residencia. En la reunión, la amable dama se interesó por sus aficiones y le confesó que ella también era muy amante

buscando a la Esposa Perfecta

de la literatura gótica. A Charlotte lo alegró comprobar que tenían ese gusto en común, pero lo que más le satisfizo fue observar el gesto de asombro de su tía, que consideraba poco adecuado el dedicar tiempo a esas lecturas. Que lady Newbury, a la que su tía consideraba una dama impecable y ejemplo a seguir para toda jovencita con aspiraciones de serlo, se sintiese inclinada por ese tipo de pasatiempos más propios de las clases populares, debió provocarle una fuerte conmoción.

Capítulo 2

Edward estaba sumamente irritado por haber sido tan estúpido de dejarse atrapar en aquel enredo.

Él no era asiduo a los bailes o reuniones que se celebraban durante la temporada social y menos aún a los que organizaba Louise. Su querida hermana mayor, una de las anfitrionas con más éxito de la ciudad, también era propensa a sorprender a sus invitados con juegos o pasatiempos originales, que terminaban poniendo en aprietos a más de un soltero que, como él mismo, no habían tenido la ventura de librarse de aquella encerrona.

En esta ocasión, el infame juegucito había consistido en escribir el nombre de las solteras allí presentes en trozos de papel de seda, echarlos en una bolsa y animar a los hombres solteros a que sacasen por turnos uno de ellos. La dama cuyo nombre era extraído por un caballero se convertía en su *Julieta* por esa noche, lo que obligaba al pobre diablo —*Romeo* en este caso— a prestarle su exclusiva atención. Y para que el desdichado no tuviese la tentación de eludir tal emparejamiento y pudiese ser reconocido

buscando a la Esposa Perfecta

por todos, debía llevar el papelito con el nombre de la afortunada prendido en el pecho.

No cabía duda que esa astuta maquinación era una solapada manera de hacer de celestina, algo a lo que Louise parecía muy adepta si se tenía en cuenta que no había dejado de intentar buscarle esposa desde que terminara sus estudios en Oxford bastantes años antes. Por suerte o por pericia, él se había librado de sus envites hasta ahora; pero últimamente, y al haberse aliado con su marido en tal empeño, Edward casi temblaba de pavor cada vez que les visitaba.

Quería a su hermana y le debía demasiado para ignorarlo. Cuando su madre murió al darle a luz, Louise, que contaba entonces once años, se hizo cargo del pequeño y lo cuidó y protegió como si hubiese sido su propio hijo. Sí, amaba a su hermana aunque llevaba muy mal que quisiera continuar organizándole la vida. Ya no era el desvalido pequeñín que ella acunaba en sus frágiles brazos, ni tampoco el alocado jovenzuelo al que debía proteger de la ira de su padre. Tenía veintisiete años y aún le quedaba tiempo para disfrutar de los placeres de la libertad antes de que tuviese que resignarse a cumplir con su deber y dar un heredero al título que ostentaba.

Amber Lake

Por otra parte, comprendía la buena voluntad de Louise. Era muy loable el pretender que las jóvenes casaderas, principalmente las que en temporadas anteriores no habían tenido la suerte de cazar a algún incauto, dispusiesen en ese baile de la oportunidad de hacerlo antes de que una nueva remesa de debutantes mermara sus posibilidades de encontrar marido. Incluso podía resultar de interés para algún caballero que, y aunque pudiese parecer descabellado, desease perder su bendita condición de soltero para atarse deliberadamente la soga conyugal al cuello.

Pero ese no era su caso; y, si decidía entrar en el juego que su hermana había concebido tan sagazmente y dedicaba su tiempo a una anhelante doncella, tendría a la damita en cuestión detrás de él durante días, así como también a su madre, abuelas, tías y hermanas mayores casadas, hasta que lograse convencerlas de que ese gesto no había sido más que una trampa ideada por una anfitriona con pocas luces. No negaba que pudiera llegar a ser una bonita y romántica forma de pasar la velada, como afirmaba Louise, y que en teoría resultara un entretenimiento inofensivo, también en palabras de su hermana; aunque él, que había conseguido eludir todos esos años a las temibles casamenteras,

buscando a la Esposa Perfecta

no iba a caer ahora en aquella treta tan obvia.

Edward decidió librarse del burdo ardid de la manera más rotunda, y ciertamente más cobarde, que conocía: desapareciendo del salón de baile cuando su hermana comenzó a pasar con la temible bolsa. Pero Louise, que no parecía inclinada a la generosidad esa noche, ni a permitirle disfrutar tranquilamente de la velada, acudió a buscarlo a la sala de cartas en la que se refugiaba y prácticamente le obligó a sacar uno de los tozos de papel de la bolsa, para colmo el último que quedaba, a la vez que le recordaba que debía dedicar sus atenciones a la dama en cuestión en cuanto terminase la partida que tenía entre manos.

Al menos, pensó con optimismo, había conseguido evitar que su hermana le prendiera la insignia en la solapa de la levita, prometiéndole que él mismo lo haría en cuanto pusiese un pie en el salón de baile. Confiaba en aplazar el momento todo lo posible o, si la suerte se dignaba acompañarle en eso ya que en el juego le era remisa, librarse de tan abominable cometido. Tal vez su asignada *Julietta* tuviese la feliz ocurrencia de abandonar prontamente la velada o, rogó con fervor, de encontrar un apuesto galán que la divirtiese renunciando al que el azar le había señalado para esa noche; cual-

Amber Lake

quier cosa menos tener que pasar las horas que le quedaban para retirarse, sin herir la sensibilidad de Louise, soportando la insulsa charla de una cándida damisela.

Sin embargo, su hermana parecía firmemente decidida a amargarle la noche pues regresó pocos minutos después con una vistosa cinta adornada con un ramillete de violetas, un regalo para su acompañante que debería colocarle en la muñeca; y en esa ocasión había traído refuerzos. Leopold, el marido de Louise, la acompañaba con el propósito de reemplazarlo en la partida de naipes. «Para que no te demores en tu placentera obligación», según dijo. Que la frase fuese acompañada por un gesto de genuina condolencia, no hizo que la antipatía que sintió por su cuñado en esos momentos fuese menor.

Por lo tanto, había tenido que abandonar la mesa, en la que por fin veía posibilidades de ganar alguna mano, y dirigirse al salón de baile donde su hermana, sin necesidad de leer el nombre escrito en el papel que guardaba en el bolsillo, le indicó la damita a la que tendría que atender durante las próximas e interminables horas de auténtico suplicio. A pesar de extrañarle ese repentino acceso de viden- cia por parte de Louise, lo dejó pasar, concentrado

buscando a la Esposa Perfecta

en observar a su impuesta acompañante.

Se llamaba Charlotte Wilcox y había venido con su tía, la señora Margaret Hartley, esposa de sir Alfred Hartley, un buen amigo de su cuñado. Al menos, la joven era agradable de mirar y parecía bastante afable, se dijo, puesto que la sonrisa no abandonaba su rostro en ningún momento.

Su hermana se marchó y Edward guardó la floreada cinta en su bolsillo junto a la insignia con el nombre de la afortunada, y se dirigió al buffet con la intención de tomar un buen trago de brandy que le aportase los suficientes ánimos para emprender la tarea. Por mucho que Louise se empeñase, no tenía la menor intención de dedicar toda la noche a la *Julieta* de turno. Con invitarla a bailar y llevarle una bebida cumpliría suficiente con la palabra dada, mas en ningún momento pensaba confesarle que él era su afortunado *Romeo* y, mucho menos, prenderse ese ridículo papel en el pecho.

Tras adoptar esa firme decisión, y reconfortado con la estimulante bebida, miró hacia el lugar en el que había visto por última vez a la señorita Wilcox y, para su sorpresa, no la halló. Recorrió el salón de baile con la mirada hasta que la divisó. La joven se deshacía en disculpas con un lacayo, al tiempo que intentaba limpiarle la manga de la casaca

Amber Lake

con un pañuelo, tras haber derramado sobre ella prácticamente todo el contenido de la bandeja que portaba. No contenta con ese pequeño desastre, al girarse pisó el vestido de una estirada dama, que milagrosamente resultó intacto, y, para rematar la cadena de estropicios, arruinó irreparablemente el abanico de otra encopetada matrona al sentarse directamente sobre él.

Después de oír varios «Disculpe por mi torpeza», «Siento mucho no haber reparado en ello», «Lo lamento enormemente», «No ha sido mi intención»... con musical y acongojada voz, llegó a la conclusión de que, o era una impetuosa debutante que asistía por primera vez a un baile de sociedad y a la que los nervios le hacían pasar una mala jugada o, más probablemente, se trataba de otra de las muchas insufribles cabecitas huecas que pululaban por allí.

«¿Y su hermana pretendía que fuese el acompañante de esa patosa?» refunfuñó por lo bajo. Probablemente no saldría vivo de la experiencia o, al menos, no su atuendo. Compadecía sinceramente al pobre diablo que se dejase atrapar por tamaña calamidad. Debía de ser todo un suplicio convivir con esa especie de desastre natural con forma de mujer por muy agradable que resultase admirar su

buscando a la Esposa Perfecta

bonita persona.

Cuando ya pensaba que no iba a sorprenderle con nada que superase lo observado anteriormente, la vio dirigirse hacia una frondosa planta colocada en una esquina del gran salón y colarse subrepticamente detrás de ella. Esa nueva excentricidad de la joven colmó el vaso de su paciencia y decidió renunciar. Ya se buscaría una buena excusa para convencer a Louise de que le había resultado imposible cumplir con su cometido.

Pero la suerte parecía serle totalmente adversa esa noche y, al girarse para emprender la huída, se topó con el gesto fruncido de su hermana. Resignado a su nefasto destino e intrigado a su pesar, se dirigió al lugar en el que su improvisada *Julieta* había decidido instalarse. ¿Tal vez con la sana intención de estar más en contacto con la naturaleza? Ya no iba a asombrarse por nada, pensó con estoicismo.

Cuando se acercaba, advirtió que ella se ocultaba aún más al ver aproximarse a un caballero que portaba dos tazas de ponche. ¿Así que de eso se trataba? Debía estar eludiendo las atenciones de un admirador y para ello no había ideado mejor táctica que camuflarse entre la maleza como si se tratase de una asustada gacela huyendo de los sagaces lebreles. El caballero no debía ser de su agrado o no

Amber Lake

reunía alguno de sus exigentes requisitos y por ello lo descartaba.

Aunque también podía ser una sutil táctica para incentivar su interés, se dijo. Conocía bastante bien los trucos que las féminas se gastaban con tal de conseguir un anillo en el dedo y la bendición del vicario. Todas eran iguales, no les importaba hacer trampas en el difícil juego del compromiso matrimonial si con ello conseguían la victoria; cosa que a él no debía alarmarle puesto que solo pensaba atenderla unos pocos minutos, los justos para contentar a su incordiante hermana. Si bien, no pudo evitar compadecerse de la joven. Conocía a su admirador y también la fama de depredador que le acompañaba. Si había puesto sus ojos en ella, la pobrecilla necesitaría algo más que unas hojas verdes para mantenerle a raya.



Charlotte estaba realmente mortificada y acusaba a su tía de ello. Apenas unos minutos después de llegar, Margaret había desaparecido en una de las salas de juego indicándole de forma tajante que

buscando a la Esposa Perfecta

permaneciera en el salón hasta que su *Romeo* acudiese a su lado. Pero ya había pasado casi una hora y el acompañante que debió tocarle en el juego no comparecía para reclamarla. O su nombre continuaba en la bolsa o el caballero había huido desfavorido al comprobar su mala fortuna.

Nunca perdonaría a su tía el haberla dejado en aquel atestado salón sin conocer a nadie y a merced de los atrevidos libertinos que no dejaban de asediarla, empeñados en llevarla al jardín para admirar la palidez de la luna o a algún rincón más íntimo para charlar con tranquilidad. El hecho de carecer de experiencia en bailes de sociedad no le impedía reconocer a un mujeriego con innobles intenciones cuando lo tenía delante. Si, al menos, algún caballero hubiera sacado su tarjeta podría contar con su protección, se dijo con desaliento.

Se sentía fuera de lugar en aquel enorme salón, entre las elegantes damas ricamente engalanadas, con su sencillo vestido y sin costosas joyas que la embellecieran. Añoraba desesperadamente su hogar en la campiña, donde todos la conocían y disculpaban sus pequeños errores. Pero allí, entre la remilgada y rígida sociedad metropolitana, su falta de seguridad y su timidez la hacían comportarse con insólita torpeza. No había dejado de tropezar y

Amber Lake

ocasionar pequeños accidentes de los que se sentía muy abochornada. Probablemente todos estarían pensando que era una boba sin remedio.

Cansada de evitar a los sofocados galanes, decidió buscar a su tía para rogarle que le permitiera marcharse. Miró en la primera planta, donde se ubicaba el salón de baile y algunas salas de juego, y no la halló. Resignada a tener que esperar hasta que Margaret regresase, decidió refugiarse en algún lugar en el que poder eludir al empalagoso individuo que se había empeñado en que probase el delicioso ponche con su receta especial; receta que, según se temía, iba a contener una gran cantidad de brandy.

Pero aquel escondite provisional no era un lugar apropiado para permanecer durante el resto de la velada, por lo que debería buscar algo más adecuado. Como todas las habitaciones de esa planta estaban ocupadas por diferentes grupos, pensó en probar suerte con la planta baja. Recordaba la ubicación exacta de un acogedor saloncito acristalado en el que estuvo tomando el té con la anfitriona. El lugar se hallaba en el otro extremo de la gran mansión, demasiado alejado como para que el enorme bullicio que provocaba la música, mezclada con las numerosas conversaciones algunas a voz en grito, llegase hasta allí. Solo esperaba que estuviese

buscando a la Esposa Perfecta

desierto.

Apartó un poco el denso follaje para otear con facilidad el salón y al hacerlo se topó de frente con un atractivo rostro masculino que sonreía de oreja a oreja. Ahogó un grito de sorpresa y retrocedió en su improvisado escondite, con la ingenua esperanza de que él no la hubiese descubierto en tan ridícula situación. Pero no tuvo tanta suerte; el hombre apartó las verdes ramas y preguntó con acento socarrón:

—¿Se ha perdido?

Charlotte temió que el sonrojo terminara ahogándola. Ese hombre estaría pensando que era una loca, si se tenía en cuenta que hacía grandes esfuerzos por no carcajearse en su cara. Dentro de poco, la mayor parte de los invitados conocerían su nueva extravagancia y su reputación se resentiría considerablemente. Margaret pondría el grito en el cielo y, por supuesto, la culparía a ella de todos los males que desde ese momento le acarrearía aquella bochornosa conducta. En fin, ya no tenía arreglo, se dijo con resignación y, como un valiente soldado ante el pelotón de fusilamiento, se irguió y asomó el acalorado rostro.

—Eh... yo... no. Resulta que... que he perdido mi pañuelo y pensé que podía estar aquí detrás —

Amber Lake

improvisó atropelladamente.

—Entonces, permítame que le ayude a buscarlo —se ofreció Edward galantemente y sin dejar de sonreír.

La joven no parecía tan obtusa como se empeñaba en demostrar con sus acciones, pensó gratamente sorprendido. No había salido corriendo desecha en lágrimas como esperaba; al contrario, mantenía bastante bien el tipo ante la creíble evasiva que había elaborado en tan poco tiempo.

—Oh, no es necesario. Ya he mirado y creo que no está —intentó eludirlo ella. Su endeble excusa no se sostendría por mucho tiempo.

—Insisto —repuso Edward tajante. Lo cierto era que se estaba divirtiendo con el notorio azoramiento de ella. Ese sonrojo le sentaba muy bien a su lindo rostro—. No obstante, si se siente incómoda por el hecho de no haber sido presentados oficialmente, puedo buscar a alguien que lo haga.

—¿Es necesario? Quiero decir, ¿debemos? —preguntó entre asombrada y perpleja. En la reducida e informal sociedad rural de la que procedía no se trataban con tantos formalismos, pero sabía que a los aristócratas les gustaba rodearse de esas ceremonias.

—Hay quien piensa que es lo correcto. Yo, en

buscando a la Esposa Perfecta

cambio, creo que es una costumbre arcaica —respondió, regocijado por su inocente sencillez.

Ella pareció estar de acuerdo con su opinión y le dedicó una amplia sonrisa que tuvo el efecto de calentarle la sangre en las venas.

—Entonces, llegados al acuerdo de que es una majadería esperar a que nos presenten oficialmente, permítame que lo haga en primer lugar. Soy Edward Holne, quinto vizconde de Eversley, a su servicio. ¿Puedo saber su nombre?

Charlotte se sintió decepcionada. ¡Otro arrogante aristócrata presumiendo de título! Lástima, el caballero le había parecido sumamente agradable en un principio, pero ya había tenido que lidiar con suficientes de su clase durante la mayor parte de la noche.

Edward advirtió un atisbo de desencanto en el rostro femenino. ¿A la damita no le gustaba su nombre o, tal vez el título le parecía poco importante? Estaría esperando a que un duque se rindiese ante sus numerosos encantos. No se iba a conformar con menos, por supuesto.

—Desde luego. Me llamo Charlotte Wilcox —respondió súbitamente seria.

—Charlotte Wilcox... —repitió él—. Y bien, señorita Wilcox; ¿o debería llamarla señora Wilcox o

Amber Lake

lady Wilcox?

—Señorita. Estoy soltera y soy hija de sir Samuel Wilcox, baronet de Parham, en Sussex, donde está mi hogar —aclaró con intención de desanimarle con la poca importancia de su linaje y lo modesto de su procedencia.

«Vaya, una chica de campo», pensó Edward con cierto placer. Ahora comprendía su singularidad. Tendría que haberse dado cuenta de que, tanto por su aspecto como por su comportamiento, no se parecía a las insulsas y presumidas damitas que poblaban el salón de baile de su hermana.

—Entonces, señorita Wilcox, si hace el favor de salir de ahí yo buscaré el objeto extraviado. ¿O prefiere que me reúna con usted en ese acogedor rincón y lo busquemos juntos? Si bien el espacio parece algo reducido, creo que podremos arreglárnoslas para caber los dos —insinuó con un brillo especial en los ojos y una taimada sonrisa. Sí, la joven parecía ser una verdadera delicia que podría alegrar el paladar del más exigente de los hombres.

—¡No! —exclamó ella espantada, y se apresuró a salir del improvisado escondite.

Edward inspeccionó el lugar concienzudamente, aunque estaba convencido de que solo había sido un pretexto.

buscando a la Esposa Perfecta

Charlotte aprovechó para recrearse en su contemplación. Desde luego, era muy apuesto y parecía sumamente agradable. Era una pena que ostentara tan alta posición, pensó consternada.

—Lo siento, pero me temo que no está aquí —anuncio Edward con gesto pesaroso.

—Oh, entonces debí perderlo en otro lugar.

—Probablemente. ¿Quiere que continuemos buscándolo?

—No deseo robarle más tiempo, milord; ya ha sido demasiado amable. Además, debo reunirme con mi acompañante, el caballero que ha sacado mi nombre en el juego. Soy su *Julieta* por esta noche —era una flagrante mentira y sintió que enrojecía al decirla, pero la proximidad de ese hombre la ponía nerviosa y solo deseaba librarse de su hechicera mirada y seductora sonrisa.

Edward se extrañó ante la confesión de ella. ¿Alguien lo había suplantado en el juego o quizá su hermana introdujo por error el nombre dos veces? Ni una cosa ni la otra, decidió. Probablemente le estaba mintiendo descaradamente al atribuirse un acompañante que no tenía. ¿Por qué razón? La respuesta se le escapaba en ese momento aunque le gustaría averiguarlo.

—¿Y cómo se atreve ese afortunado caballero

Amber Lake

a dejarla sola entre tanto galanteador suelto por la sala? O es muy temerario o muy estúpido —indagó no sin cierta ironía.

—Bueno... él... él ha ido a procurarme un refrigerio. Estoy realmente hambrienta.

Otra mentira que añadir a las muchas que ya habían salido de su boca, reconoció Charlotte. Lo cierto era que no había podido probar bocado a pesar de los deliciosos platos con los que sus admiradores la estuvieron tentando toda la velada.

—Entonces no la detendré, señorita Wilcox. No obstante, si en algún momento decide abandonar a su actual *Romeo*, me honraría mucho ocupar su puesto —Edward no acertaba a determinar las razones de tal insistencia. Estaba claro que era una cazamaridos y él huía de ellas como de la peste, pero la propuesta salió involuntariamente de su boca.

—Me temo que no tengo elección, milord —esperaba que la amplia sonrisa ocultara su nerviosismo. Nunca se le había dado bien mentir y a estas alturas él ya debía saber que lo estaba haciendo.

Edward comprobó cómo una creciente decepción anidaba en su interior. Reconocía a su pesar que le habría sido grato pasar más tiempo en su dulce y entretenida compañía, pero estaba claro

buscando a la Esposa Perfecta

que era una mentirosa. Con toda seguridad ya le habría echado el ojo a uno de los caballeros presentes, de más alta alcurnia que él indudablemente, y no estaba dispuesta a permitir que otro le obstaculizase el plan trazado.

Sin que Charlotte se percatarse de su intención, Edward le atrapó una mano y se la llevó a la boca, depositando un leve beso en el dorso que consiguió traspasar con su calor el fino guante.

Ella sintió que se acaloraba al tiempo que un leve cosquilleo subía por su espina dorsal. ¡Dios, ese hombre era muy peligroso!

Se alejó todo lo veloz que las normas de protocolo le permitían, tropezando en su huida con un caballero, que la miró disgustado y emitió un gruñido ante su sentida disculpa. Estaba deseosa de encontrar su ansiado refugio, donde podría ocultarse durante unos minutos y serenar su alterado ánimo. Demasiadas emociones por una noche, reconoció Charlotte, sobre todo las experimentadas durante el breve encuentro con lord Eversley.

Bajó la amplia escalera que desembocaba en el vestíbulo y desde allí no le supuso ningún esfuerzo orientarse hacia su meta. Sabía que no era correcto deambular por una casa ajena y menos adentrarse en zonas privadas, pero siempre podría argumen-

Amber Lake

tar que se había extraviado.

La espaciosa estancia estaba tenuemente iluminada por unas lámparas, a lo que se añadía la luz de la luna que penetraba libremente por los amplios ventanales y parte del techo acristalado. En el aire se mezclaban una gran variedad de aromas florales. Un suspiro de alivio brotó de su garganta ¡Qué maravillosa paz reinaba en aquel lugar; era como estar en casa!

Divisó un cómodo diván en una esquina y hacia allí se dirigió. Cuando descansara un poco, continuaría buscando a su tía y le pediría regresar a casa.

SAGA COVENANT



A la venta el 26 de noviembre

Encuéntralo en edicioneskiwi.com/tienda

Disponible en eBook

VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA



A LA VENTA EL 26 DE NOVIEMBRE
PREORDER DEL 1 AL 15



Amber Lake
Buscando a la
Esposa Perfecta

A la venta el 26 de noviembre
Preorder del 1 al 15

Disponible en eBook



VICTORIA RODRÍGUEZ LOS GUARDIANES DE LA ESPADA SAGA COMPLETA

EDICIÓN COLECCIONISTA

Contiene:

- Saga Los Guardianes de la Espada, firmados por la autora
- Estuche de coleccionista de cartón (exclusivo de la edición)
- Poster de 29,7x42cm (exclusivo de la edición)
- 6 chapas de la saga (2 exclusivos de la edición)
- 15 Marcapáginas